



Armand David un gran Naturalista Vasco

Valentín Díaz Marijuán



15 Lección de ingreso Sarrera ikasgaia

REAL SOCIEDAD BASCONGADA DE LOS AMIGOS DEL PAIS. COMISIÓN DE ÁLAVA
EUSKALERRIAREN ADISKIDEEN ELKARTEA. ARABAKO SAILA

Edita:

Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.
Comisión de Álava

Euskalerrriaren Adiskideen Elkartea
Arabako Saila

Pedro Asúa, 2 - 2º
01008 Vitoria Gasteiz

Patrocina:

La Comisión de Álava de la Real Sociedad
Bascongada de los Amigos del País agradece la
colaboración prestada para esta publicación a:



araba  **álava**
foru aldundia diputación foral

Depósito Legal:

LG G 317-2024

ISBN:

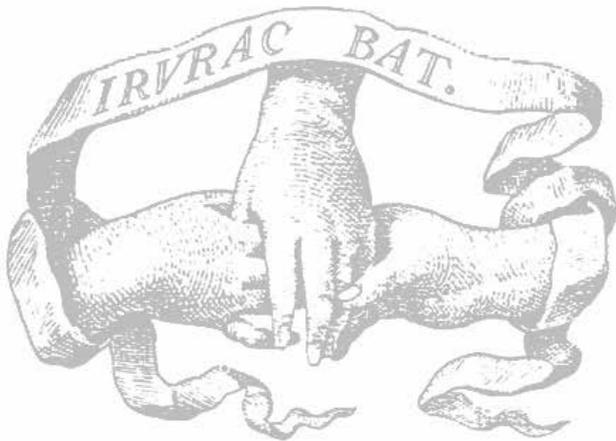
978-84-09-62050-0

Diseño y Maquetación:

EPS Comunicación

Imprime:

EPS Comunicación



Man. Salvador Carmona sculps

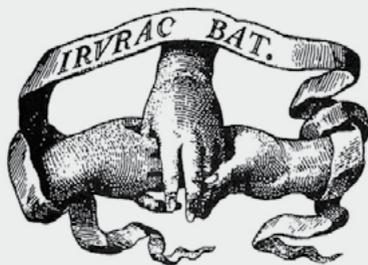
Lección de Ingreso como Amigo de Número
de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País de

Valentín Díaz Marijuán

Armand David un gran Naturalista Vasco

Esta lección de ingreso fue presentada
el 12 de abril de 2024
en la Casa de Cultura Ignacio Aldecoa. Sala Cervera
Vitoria-Gasteiz

REAL SOCIEDAD BASCONGADA DE LOS A EUSKALERRIAREN ADISKIDEEN



Manū Salvatōri Cruxera fūlpis



araba álava
foru aldundia diputación foral

Lección de ingreso como Amigo de
Sarrera ikasgaia-Adiskide Nu

Valentín Díaz Marijuán
Armand David. Un gra
Armand David. Euskal

Palabras de recepción -
Federico Verástegui C
Amigo de Número de la

12 de abril de 2024, 1

Casa de Cultura Ignac
Ignacio Aldecoa Kultu

AMIGOS DEL PAIS. COMISIÓN DE ALAVA ELKARTEA. ARABAKO SAILA

igo de Número
merarioa

n

n naturalista vasco.

naturalista handia.



Harrera Hitzak

Cobián

a Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País

9:00 horas; 2024ko apirilaren 12an, 19:00etan

io Aldecoa. Paseo de la Florida 9. Vitoria-Gasteiz

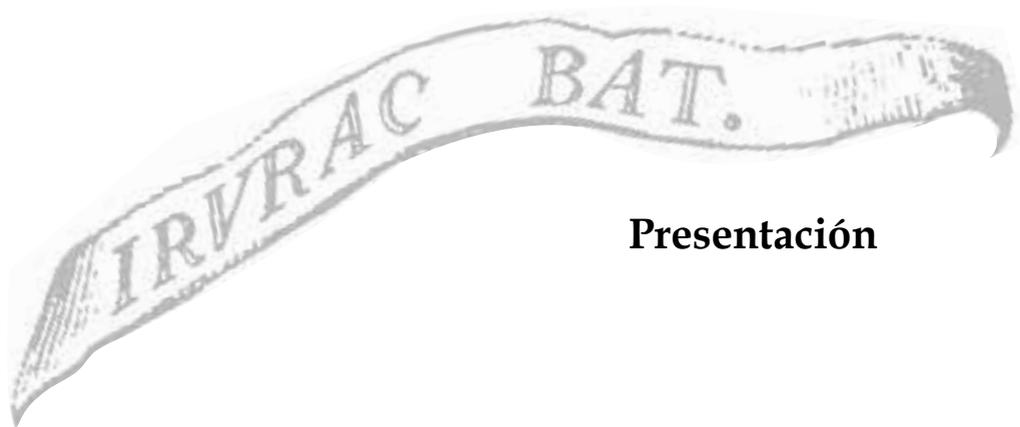
ara Etxea. Florida Pasalekua 9. Vitoria-Gasteiz





Índice

Presentación	11
Discurso de recepción	15
Lección de ingreso de Valentín Díaz Marijuán	21
Acto de recepción y entrega de acreditaciones	63



Presentación

En Vitoria-Gasteiz, día 12 de abril de 2024, en la Casa de Cultura Ignacio Aldecoa, tuvo lugar el acto de ingreso como Amigo de Número en la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, Comisión de Álava, de Valentín Díaz Marijuan, hasta este momento Amigo Supernumerario.

Presidieron el acto la presidenta M^a Amparo Basterra y Federico Verástegui, Socio de Número, que estaba encargado de hacer el discurso de recepción del candidato. También acudieron varios miembros de la Junta Rectora y otros Amigos.

Abrió la sesión la presidenta y tras saludar a los asistentes, resaltó la importancia de las Lecciones de Ingreso en la Sociedad Bascongada porque son aportaciones que benefician al País, suponen investigación y amplitud de conocimientos, que de una manera u otra repercuten positivamente en la Sociedad.

A continuación, dio la palabra al Socio de Número Federico Verástegui.



Discurso de recepción

SOMERA PRESENTACIÓN DE VALENTÍN DÍAZ MARIJUÁN POR FEDERICO VERÁSTEGUI

Conocí en persona a Valentín Díaz gracias a su amigo Javier Otaola. Y digo que le conocí en persona ya que su rostro ya era familiar para mí como para cualquier español atento a las noticias que nos transmitía de forma tan amena como cercana desde Budapest, México, Lisboa, Miami y, sobre todo, Moscú. En todos estos lugares fue corresponsal de RTVE después de haber sido, con Pilar Miró, miembro de su Junta Directiva desde 1975 a 2007.

Javier Otaola, a quien como es lógico por su estrecha amistad con nuestro ponente le hubiera correspondido hacer esta presentación, lamentándolo mucho no le ha sido posible, por lo que me ha solicitado le sustituya. Y lo hago con un inmenso placer por varios motivos.

El primero de ellos es la personalidad de quien va a ser nuestro nuevo Amigo de Número. Como pueden comprobar, su aspecto es tan agradable en persona y tan reconocible como el de aquél corresponsal que nos trasladó acontecimientos internacionales verdaderamente estremecedores, tales como el ataque a las Torres Gemelas de Nueva York, los terribles avatares de las guerras de

Croacia y Bosnia o la rebelión zapatista de Chiapas. Pero su modo de proceder y su profesionalidad hacía que, nada más verlo aparecer en la pantalla todo espectador sabía que le transportaría al centro de la noticia allá donde se produjera. Y siempre con su aspecto amable evitando recrearse en el morbo, pero dando a los temas sus dosis ajustadas de carga emocional. Ahora que hasta las noticias del tiempo se transmiten como si fuesen un degollamiento, de manera histriónica y desquiciada, deberían de aprender y recordar a este periodista ejemplar que tenemos la suerte de poder llamar Amigo.

Natural de Burgos, donde nació casualmente el mismo año que quien le está presentando, 1951, es decir, ya en la segunda mitad del siglo pasado – por poco –, posiblemente una de sus motivaciones para hacerse Amigo del País, además de su ilustración y su interés por nuestra historia, haya sido el hecho de desarrollar su trabajo periodístico en Euskadi en una época muy dura, ya que le tocó cubrir informativamente para RNE y TVE alrededor de 300 asesinatos y 20 secuestros perpetrados por ETA.

Pero no solo el dolor le unió al País Vasco, sino que también tuvo actividades mucho más gratas, ya que entre 1977 y 1982 perteneció al Comité Organizador del Festival Internacional de Cine de San Sebastián, dirigió la revista de literatura “Kantil” y fue corresponsal aquí también del semanario “Cuadernos para el Diálogo”, inolvidable e indispensable en los tiempos de la Transición Democrática. Este importante papel en aquellos delicados momentos lo apuntaló mediante su participación como colaborador en “Berriak” desde su fundación en 1976.

Atraído siempre por la cultura en sus diversas manifestaciones, de joven universitario fue responsable, junto con el conocido paleontólogo José Luis Sáez, experto en dinosaurios, del Cine-club del emblemático colegio mayor de Madrid “San Juan Evangelista” y en ésta actividad destacó también fundando y dirigiendo el cine-club de la Escuela Oficial de Periodismo. Su pasión cinéfila le llevó a editar una monografía sobre Stanley Kubrick.

Como escritor, merece la pena destacar su participación como co-autor, junto a Javier Otaola, en el libro “La masonería en persona (s)”, donde recogen las motivaciones de una serie de personajes conocidos para pertenecer a este movimiento humanista, antaño sometido a sospecha, como también lo fue nuestra propia sociedad Bascongada.

Finalmente, para terminar este somero esbozo biográfico, no me resisto a mencionar su vertiente poética que ha dejado un buen rastro en su poemario “Sueños de Jazz”.

Hoy vamos a disfrutar no solo de su persona sino de una lección de ingreso como socio de Número verdaderamente apasionante y sorprendente, ya que nos va a redescubrir la increíble historia de un naturalista vasco cuyo nombre ha quedado eclipsado por la importancia y singularidad de sus propios hallazgos: Armand David. No me cabe duda de que, a partir de hoy, todos nos quedaremos impactados por este nombre y no lo queremos olvidar.





**Lección de ingreso de
Valentín Díaz Marijuán**

*A la memoria de Madame Hélène David,
nacida Hiriart, que guardó cuidadosamente
libros, documentos, cartas y fotografías del
archivo familiar de Armand David*

INTRODUCCIÓN

El título elegido para esta Lección de Ingreso es el mismo del primer libro que apareció sobre Armand David en 1929, escrito por Jean-Baptiste Daranatz (1870-1945), sacerdote nacido en Espelette, canónigo honorario en Bayona y prolífico autor de temas históricos locales.

Más de sesenta años después, en 1993, se publicó *«Le nuage et la vitrine»* («La nube y la vitrina») un amplio, minucioso y muy documentado tomo ilustrado sobre la vida y los descubrimientos de Armand David escrito por el sinólogo Emmanuel Boutan, un libro que sirvió para rehabilitar la memoria de uno de los más destacados naturalistas de Francia y una personalidad tan relevante como relativamente desconocida en el País Vasco, sobre todo a este lado de la frontera.

Hay un tercer libro, escrito por Kepa Altonaga, doctor en Biología por la Universidad del País Vasco, y editado en euskera en 2001, que se titula *«Armand David, Pandaren Aita»* («Armand David, el padre del panda») que completa la lista de volúmenes sobre el naturalista vasco Armand David.

Si ahora decimos que Armand David es el hombre que descubrió en Marzo de 1869, en un bosque de bambú de las montañas de China, al Oso Panda, entenderán la importancia científica de nuestro personaje, porque el Oso Panda se convirtió hace ya bastantes años en el embajador de todas las especies en vía de extinción y, sobre todo, en el emblema mundial de la protección de la naturaleza, siendo el logo de la World Wildlife Fund, el Fondo Mundial para la Naturaleza, ONG conocida mundialmente por su sigla WWF.

Esta famosa y prestigiosa organización, la WWF, patrocinó la biografía de Armand David ya citada, «*Le nuage et la vitrine*» de Emmanuel Boutan, que es una referencia imprescindible para conocer la vida y la obra de Armand David. La WWF es también la autora de la placa que se instaló en la casa natal de Armand David, en Espelette (o Ezpeleta, como prefieran) en homenaje a este gran naturalista.

Sólo por el descubrimiento del Oso Panda, Armand David habría entrado en la historia de la zoología. Pero es que, además, Armand David descubrió el ciervo que lleva su nombre, «*El ciervo del Padre David*», una especie muy rara de mamífero, originaria de China, que estuvo en peligro de extinción total y de la que se han reintroducido en la naturaleza unos 2.000 ejemplares, alcanzando su población actual los 8.000 ejemplares. Fue la WWF quien llevó a cabo el proyecto de reintroducir en China a este animal, a partir de algunos ejemplares salvados milagrosamente y criados en Europa.

Además del Oso Panda y el Ciervo del Padre David, Armand David descubrió la Gran Salamandra de China, cuyo nombre científico, *Andrias Davidianus*, hace referencia al apellido del Padre David, y descubrió, así mismo, más de sesenta especies de pájaros. Y esto solamente en lo que se refiere a la zoología, porque en botánica su labor no fue menos inmensa: más de setenta especies de plantas llevan el nombre de Armand David, conocido también como el Padre David, por su condición de sacerdote.

Se entiende aquí por «descubrir», en lo que concierne a la zoología y la botánica, a reconocer en la naturaleza un espécimen no

descrito hasta ese momento y hacer pública la descripción científica del mismo.

Creo que estas breves referencias sirven para calibrar la importancia científica de Armand David, a quien se considera el más destacado naturalista francés de la segunda mitad del s. XIX. El cómo logró sus descubrimientos en China nos remite a una vida extraordinaria de aventurero que sería merecedora de una película, bien de ficción o bien documental, como podrán comprobar más adelante.

Yo tuve conocimiento de Armand David hace unos cuarenta y cinco años, por un feliz acontecimiento familiar. Arnaud y Coralie David, hijos del primer matrimonio de mi esposa, Daniela Aguirre, son descendientes directos de la familia de Armand David. Ambos decidieron adoptarme oficialmente como padre, con lo que su apellido pasó a ser David-Díaz, por amorosa contaminación.

Libros, fotografías, cartas y documentos de Armand David fueron recopilados y guardados cuidadosamente por la abuela de Arnaud y Coralie, la Sra. Hélène Hiriart, esposa de Charles David, que ayudó a Emmanuel Boutan para la redacción de su documentada biografía. Madame David, su hijo Jean David y su nieto Arnaud fueron invitados a la colocación de la primera piedra del Liceo Agrícola de Hasparren, una importante y singular institución educativa católica, con destacables instalaciones y actividades y que lleva el nombre de Armand David.

A este acto acudió el cardenal Roger Etchegaray, natural de Espelette, que fue presidente de la Conferencia Episcopal Francesa y ocupó cargos de relevancia en el Vaticano, siendo una de las figuras más liberales, y conocidas internacionalmente, de la jerarquía católica. Etchegaray, muerto en 2019, estaba orgulloso de ser paisano de Armand David, de quien había leído, siendo seminarista, los dos tomos de su «*Troisième voyage d'exploration dans l'Empire chinois*» («Tercer viaje de exploración en el Imperio chino»).

En un emocionado prólogo a «*Le nuage et la vitrine*», la mencionada biografía del padre David, se congratula de que, por fin, se

rescate del olvido al gran naturalista vasco. «*La lectura apasionante de estas páginas –escribe el Cardenal Etchegaray- ilustra no solamente cómo fe y ciencia pueden cohabitar sino también cómo un sacerdote puede ser un sabio. Para no citar más que a los grandes nombres que han honrado a China, Armand David – afirma Etchegaray- está claramente en la línea de religiosos sabios como los de los siglos XVI y XVII, el matemático Mateo Ricci y el astrónomo Adam Schall, o, más recientemente, Teilhard de Chardin*»

Etchegaray recordaba que, con ocasión de un extenso viaje a China en 1979, y ante las autoridades que le acompañaban, tuvo la alegría de pronunciar el nombre de su compatriota Armand David «ese sacerdote – dijo- que ha contribuido a hacer conocer a China la riqueza de sus propios recursos naturales»

Otro homenaje a la memoria de Armand David es una pequeña exposición instalada, con carácter permanente, en el Castillo de los Barones de Espelette, edificio del s. XI que domina la villa y que alberga también la alcaldía, la oficina de turismo y la biblioteca de esta localidad, famosa en Francia por la promoción incesante de su pimiento. Junto al castillo, hay un pequeño «arboretum» que tuvo su origen en la visita que realizó una delegación de la villa de Espelette al monasterio chino de Deng Xi Gu, donde el padre David descubrió el Oso Panda, y allí surgió la idea de que en Espelette hubiera un trocito de China, para honrar y recordar la gran labor científica de su paisano.

En Espelette se mantiene, así mismo, una asociación denominada «Les amis d'Armand David» («Los amigos de Armand David») que tiene por objeto dar a conocer la obra de tan ilustre nativo de la villa.

INFANCIA Y JUVENTUD

Jean-Pierre-Armand David nació en la maison *Bergara* de Espelette, el 7 de Septiembre de 1826. Era el segundo hijo de

Fructueux-Dominique-Génie David, médico y terrateniente, y de su esposa Rosalie Halsouet, natural de Bayona. La buena situación social y económica de los David provenía ya del abuelo de Armand David, Louis David, nacido alrededor de 1740, consejero del Rey y procurador de la Casa de la Moneda de Bayona.

Este Louis David estaba casado con la hija de un cirujano polaco instalado en Itxassou. En la época revolucionaria del Terror, Louis David y su familia fueron deportados a las Landas. Su hijo Fructueux-Dominique, padre de nuestro naturalista, era entonces un niño y conservó toda su vida un fervoroso «legitimismo», es decir, favorable al restablecimiento del reinado de la Casa de Borbón en Francia, una tendencia política que quiso transmitir a sus sucesores. Dominique David era, como hemos indicado, médico y, cuando nació su hijo Armand, era también Alcalde de Espelette y juez de paz del cantón. Es decir, que era un personaje con gran predicamento en Espelette. La dedicación a la medicina se convirtió, hasta el día de hoy, en una constante en la familia David.

Pero en lo que, sobre todo, influyó Dominique en sus cinco hijos, y singularmente en Armand David, fue la pasión por la naturaleza. Amante de la historia natural, realizaba frecuentes y largos paseos con ellos. Armand le acompañaba sin cesar en todos sus desplazamientos, ya fuera para ver a pacientes o por otros motivos. Durante los mismos, se paraban a observar y charlar sobre todo lo que fuera animal o planta. Las charlas continuaban en la casa familiar. Dominique enseñó a su hijo que hay leyes que hacen que la naturaleza no se disperse más que en apariencia ; leyes que son la voluntad de Dios, que permite que algunas sean visibles y reconocidas.

Reconocer el orden de las cosas, le decía su padre, es reconocer en ese orden a Dios ; las leyes están inscritas en el corazón de los seres, animales y vegetales, y se revelan observándolos, y para ello hay que estar atento y ser paciente. Es así como Armand David fue desarrollando un amor extraordinario por la naturaleza y un fuerte sentimiento religioso.

Siempre que podía, el pequeño Armand recorría los prados más allá de los límites del pueblo, hacia Itxassou. Le encantaban esas jornadas de caminatas, muchas de ellas en solitario, metiéndose entre los arbustos, disfrutando de todo lo que observaba y después, según relatará él mismo, *«razonando a mi manera sobre las mil cosas de la naturaleza, entusiasmándome de las maravillas de la creación, descubriendo la riqueza infinita de las formas y de los seres»*.

El Armand David niño se muestra tenaz, obstinado, sensible y solitario. Las exploraciones incesantes que lleva a cabo le aislan de los juegos de los otros niños, a quienes quiere dominar en el aspecto físico: correr más deprisa, saltar más largo, dominar más la fatiga. Le gusta la autodisciplina, como la que le exige la Iglesia.

Después de su primera comunión, Armand es colocado como alumno interno y laico en el pequeño seminario de Larressore, a unos cinco kilómetros de Espelette. Es un lugar muy bello, pero vivir encerrado le resulta muy doloroso. Relata que, cada vez que terminaba el curso, les lloraba amargamente a sus padres, a los que quería mucho, por la libertad que había perdido de correr alegremente por prados y bosques.

Como contrapartida, la enseñanza que recibió en Larressore, bastante diversificada para la época, ganó la atención de un Armand con espíritu curioso y exigente. Esa enseñanza comprendía las humanidades clásicas, lenguas extranjeras (como español, inglés e italiano), agronomía y varias ramas de ciencias naturales, entre ellas, botánica, entomología y ornitología. Era un alumno aplicado y brillante que obtenía muy buenas calificaciones, sobre todo en las materias que exigen precisión en el discurso. Atendía con especial dedicación a las clases de latín, que le permitía una manera nueva de designar las cosas que le más le interesaban.

Los libros le descubrirán facetas desconocidas de la naturaleza que se le hacen así familiares y su mayor alegría era leer los tratados de historia natural. Reconocerá, en sus memorias, que estuvo varios años sin comprender por qué sus condiscípulos podían encontrar placer en leer libros que no fueran de historia natural.

Le parecía que el rigor del discurso científico decía más sobre el mundo que las imágenes de la literatura. Si se quería, realmente, conocer cualquier cosa, era la ciencia lo que había que elegir. Para el joven Armand, el conocimiento tomaba forma en el esfuerzo de ligar las cosas a las palabras. El trabajo de descripción, según el idioma y el objetivo declarado, ponía al sabio en contacto con la continuidad del mundo natural.

«Es cierto, sin embargo - escribirá años más tarde en el prólogo al libro sobre su tercer viaje a China- que el hombre no es hombre más que por la inteligencia, que es tanto más hombre cuanto más inteligente es, y que es tanto más inteligente cuantas más nociones exactas posee, cuántas más ideas justas tiene. Y éstas solamente se adquieren por el trabajo, el estudio, por la reflexión constante. Esto es lo que hace a los verdaderos sabios, cuyo horizonte espiritual se extiende bastante más allá de los límites que alcanza el espíritu vulgar.

El talento natural, por sí mismo, eso que se llama inspiración, puede hacer literatos, poetas, artistas ; pero éstos, que bien pueden, a veces, remover el mundo, le dejan en el mismo punto intelectual en el que lo encontraron. Solamente, la perseverancia de los hombres de ciencia logra desgarrar algunos jirones del velo bajo el que Dios nos ha escondido la verdad natural, y a expandir realmente la esfera donde se agita el espíritu humano» (fin de la cita).

Junto a la potencia de las razones científicas, Armand David estaba empujado también por exigencias de otra naturaleza. Se quejaba del «volterianismo» de algunos de sus condiscípulos y transmitió a sus padres su deseo de hacerse sacerdote, una vocación cuya génesis nunca explicará, aunque es posible que estuviera relacionada con una enfermedad bastante grave que sufrió. En cualquier caso, sus biógrafos consideran que su decisión está enraizada en una personalidad rica, exigente, escrupulosa y generosa. Su vocación sacerdotal estaba unida a su atracción por las misiones extranjeras. Quería ser un sacerdote misionero.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII, el trabajo de las misiones católicas en el extranjero habían disminuido considerable-

mente. En 1789 había sólo unos 300 misioneros católicos en todo el mundo. Con el nuevo siglo, la Iglesia Católica quería relanzar su labor misionera y Francia será la punta de lanza de este impulso evangelizador. Nació una literatura misionera difundida por las parroquias y por la venta ambulante, destinada a recaudar fondos e interesar a sacerdotes.

Bajo la Restauración, Francia había reconstruido las estructuras de evangelización en países lejanos, y se comprometió en aventuras coloniales como la toma de Argel en 1830. Pero su poderío militar no podía competir con el dinamismo británico, y el relanzamiento de la evangelización católica era otra forma de expansión para Francia. El País Vasco, cuna de San Ignacio de Loyola y de San Francisco Javier, padres de las misiones modernas, y muy próximo a las Landas de San Vicente de Paúl, constituía una fuente de posibles evangelizadores.

El joven Armand David soñaba con ser misionero, pero, de momento, tuvo que pasar dos años en el Gran Seminario de Bayona para terminar sus estudios. En 1848, año de la revolución que alumbró la Segunda República Francesa, llegó a París para entrar en el noviciado de sacerdotes de la Congregación de la Misión, fundada por San Vicente de Paúl. Se les conoce como «lazaristas» o misioneros «paúles». En la época en que Armand David entró en el noviciado, la Congregación de los lazaristas y la de las «Hijas de la Caridad», fundada también por San Vicente de Paúl, se estaban reorganizando con energía en un espíritu muy próximo al de su fundador: caridad, humildad, realismo, obediencia, disciplina, y lealtad al Vaticano.

Miembro de una familia de provincias, fiel a sus reyes y a su fe cristiana, deseoso de consagrar a los paganos su vigorosa juventud, Armand David comienza la dura vida del noviciado, levantándose a las cinco de la mañana para arreglar su habitación y reunirse a continuación en la sala de Ejercicios para el rezo y la meditación comunitaria, seguida de la misa. Desayuno y vuelta a la habitación para estudiar. A las nueve, clase de hora y cuarto y

ejercicios de canto y ceremonias. A mediodía, lectura de rodillas de un capítulo del Nuevo Testamento y a continuación el almuerzo y visita a la capilla recitando el *Miserere*. Y así, entre lecturas, meditaciones, rezos y varias horas de estudio, se pasa el resto del día, hasta las nueve de la noche en que se retira para dormir.

Unas normas severas en las que los seminaristas deben esforzarse, mostrándose en todo momento y ante todo el mundo «*dulces, pacientes, honestos, caritativos e instructivos, de suerte que, a ejemplo de los primeros cristianos, no tengan entre ellos más que un corazón y un alma en Jesucristo, su modelo y su juez*», tal y como se lee en los reglamentos.

Armand David es un seminarista obediente y dos años después, en 1850, profesa sus votos. Al año siguiente, antes de completar su curso de Teología y remarcando que sus gustos se inclinan hacia las ciencias naturales, es enviado por sus superiores a Italia, al Colegio de Savona, en Liguria, para formar a los jóvenes en los conocimientos del mundo natural.

En una carta enviada al Superior General de los Lazaristas en Noviembre de 1852, Armand David afirma: «*Aquí estoy contento de mi situación. Las ocupaciones que se me han asignado están de acuerdo con mis gustos, no me quejo de nada, pero sueño sin cesar con las Misiones en China... Hace una docena de años que estoy perseguido por el deseo de morir trabajando por la salvación de los infieles. Este es el deseo que me ha hecho abrazar el estado eclesiástico y esta Congregación ... De acuerdo con mis superiores, he atrasado hasta ahora el recibir las órdenes sagradas con el fin de tener más tiempo libre para el estudio de la teología, el italiano y las clases de francés que he dado este año. Se tiene la intención de que reciba las órdenes antes de Pascua. Para mí, los veintisiete años que tendré pronto sobre mis espaldas me hacen desear ser enviado lo más pronto posible al Celeste Imperio, Mongolia u otro país análogo, con el fin de poder formarme mejor en una lengua, unas costumbres y unos climas nuevos. Gracias a Dios, mi salud continúa siendo excelente ; mi constitución, cada vez más robusta, me hace creer que podría resistir bien las fatigas y las privaciones de la vida del misionero: las excursiones de diez a doce horas seguidas que*

hago en los Apeninos, sin problema ninguno, son una prueba ... Si deseo ir a las Misiones es para hacer allí penitencia y porque creo, desde mi infancia, que es allí donde Dios me llama...No sé cómo podría tranquilizar mi conciencia, si me dejara satisfacer por la dulce vida del colegio y las comodidades de su naturaleza y no hiciera todo lo que esté en mi mano para lograr lo más pronto posible ir a morir trabajando para salvar a alguno de esos pobres desgraciados por los que Nuestro Señor murió y que harían de la gracia del cristianismo un mejor uso que yo...

Sin embargo, pese a estas súplicas, Armand David permanece diez años en la bella Savona, desde 1851 hasta 1861. La obediencia y sumisión a sus superiores no admite dudas para el naturalista vasco. En esos diez años, ampliará notablemente sus conocimientos teóricos al crear diversas colecciones científicas que le obligan también a practicar las técnicas del oficio, convirtiéndose en un excelente taxidermista. Las piezas reunidas constituirán, luego, un museo municipal. Su labor pedagógica llevará a algunos de sus alumnos a dedicarse a la exploración. Armand David tendrá toda su vida una vocación de enseñante, al considerar que el conocimiento y, sobre todo, los procedimientos para lograrlo, no tenían valor si no eran transmitidos.

SUEÑO LOGRADO: SER MISIONERO EN CHINA

En 1861, el administrador del Museo de Historia Natural de París, Henri Milne-Edwards, solicitó al Superior General de los Lazaristas, monseñor Etienne, la ayuda de sus misioneros para la investigación científica francesa. Un año antes, una expedición franco-inglesa había abierto Pekín a los europeos y el gobierno había pedido a las congregaciones que se encontraban en China abrir escuelas francesas lo más pronto posible. Monseñor Etienne se decide a enviar nuevos misioneros a China, el país que encarnaba, entonces, el paganismo absoluto, y Armand David será uno de ellos. Se cumplía, por fin, el sueño de su juventud.

Viaja a París. Allí visita a Stanislas Julien, catedrático de chino del Colegio de Francia y uno de los más reputados sinólogos de su tiempo en Europa, que proporciona libros y que, habiendo sabido que el padre David tiene una sólida formación como naturalista, lo hace saber a los especialistas del Museo de Historia Natural, quienes redactan listas de lo que les interesa de China. Uno solicita reptiles y peces del norte de China ; todas las especies de tortugas, lagartos, serpientes y anfibios, sean con cola o sin cola, son del mayor interés porque el Museo tiene muy pocos ejemplares de esas regiones septentrionales y muy escaso conocimiento sobre la fauna herpetológica (anfibios y reptiles). También muestran mucho interés por los peces de aguas dulces. Otro zoólogo señala en su lista monos, murciélagos, erizos, musarañas, topos, nutrias de río y marinas, el tigre real del norte, conejos salvajes, jabalíes, delfines, marsopas, diversos pájaros como halcones cazadores, águilas, urracas, arrendajos, golondrinas, perdices, mirlos acuáticos, avutardas, pavos reales, estorninos y todas las especies de gorriones, faisanes y grullas.

Armand David guarda estas listas y se embarca hacia Pekín. Es un viaje muy penoso y agotador que dura cinco meses. Le espera una China que lleva ya diez años de una más que sangrienta guerra civil por la denominada «Revolución Taiping», que enfrentó a la dinastía Qing con el Reino Celestial de la Gran Paz, un estado teocrático que se hizo con el poder en cinco regiones del sur de China, y que duraría todavía dos años más, con millones de muertos. Los Qing necesitaron el apoyo militar occidental para derrotar la revuelta.

El poder imperial era débil y la derrota ante los británicos en la primera guerra del opio había marcado el declive de una dinastía, que se vio obligada a abrir su país a las naciones occidentales. Es una China inestable, con graves problemas sociales y económicos, donde los altos funcionarios imperiales, los *mandarines*, son muy hostiles a las congregaciones misioneras.

A su llegada a Pekín, el padre David se encuentra con una ciudad que conserva todavía la majestad de una villa imperial. Al norte, el cuadrilátero regular de la ciudad manchú, con grandes

avenidas. Al sur, más alargada, la ciudad china, donde se encuentran dos grandes monumentos arquitectónicos y culturales: el altar o templo de la agricultura y el templo del cielo.

Es en la ciudad china donde se desarrolla la actividad de la capital: un inmenso mercado lleno de tiendas, de carros y de telas estiradas por encima de los establos. Calles estrechas cortadas por plazas irregulares que se transforman en atolladeros fangosos con las lluvias.

La misión lazarista se situaba en el norte de la ciudad manchú y es allí donde se instalan los misioneros recién llegados. Armand David comienza a estudiar el idioma chino y a rastrear la planicie de Pekin. En Septiembre de 1862, Armand cumple 36 años y alienta una exploración hasta Siwantze, un lugar situado a unos 25 kilómetros de la Gran Muralla, donde los lazaristas tenían una misión. Al año siguiente, explora las grandes montañas que bordean la planicie de Pekín por el oeste. De mayo a noviembre de 1864, inspecciona el distrito de Jéhol, unos 260 kilómetros al nordeste de Pekin.

De cada una de estas expediciones hizo envíos al Museo de Historia Natural de París, cuyos naturalistas quedaron gratamente sorprendidos por la cantidad y, sobre todo, por la calidad de lo enviado. El administrador del Museo, Milne-Edwards, hace constar por escrito que el padre David «es un corresponsal tan activo como informado» y que sus envíos son aún mejores gracias a las notas que los acompañan.

Entre las especies más destacadas que mandó a París en esa época están la ardilla gris-ceniza (*Sciurus davidianus*) y el ciervo-camello (*Cervus cameloides*). Pero el animal que más llamó la atención fue el que se denominará como «ciervo del padre David» (*Elaphurus davidianus*). A este cérvido le llamaban los chinos *sì bù xiàng* «los cuatro caracteres que no concuerdan» porque tiene el asta de un ciervo, el cuello de un camello, los pies de una vaca y la cola de un asno. Este animal, prácticamente desaparecido en estado salvaje, era custodiado por soldados tártaros en el parque imperial de caza de Nanhaizi, a unos cuatro kilómetros al sur de Pekín.

«*Ningún europeo puede penetrar en ese parque – escribía el padre David al Museo en Septiembre de 1865 – pero esta primavera, alzándome sobre la muralla que lo circunda he tenido la suerte de ver a lo lejos un rebaño de más de un centenar de estos animales. He intentado, sin éxito, tener algún resto de esta especie. Pero, afortunadamente, conozco algunos de los soldados tártaros que los guardan y estoy seguro de que con una buena propina conseguiré una piel que me apresuraré en mandarles*». A principios del año siguiente, obtiene una piel de una hembra y de un macho joven, que envía rápidamente al Museo, y poco después consigue la piel y el esqueleto de un macho adulto. En ese momento, el encargado de negocios de Francia logra que los ministros chinos envíen al Museo una pareja viva de esos animales. Y merced a los buenos oficios del padre David, los ingleses consiguen también algunos ejemplares, como lo hace constar una carta de agradecimiento del secretario de la Sociedad Zoológica de Londres dirigida Armand David en Marzo de 1868. Gracias a estos animales vivos enviados a Europa, la especie no ha desaparecido.

El Museo de París, ante la exitosa y brillante labor llevada a cabo por Armand David, hizo gestiones ante el Superior General de los Lazaristas para que autorizara viajes de larga duración del padre David a las regiones menos conocidas de China, financiados por el Museo y por el Ministerio de Instrucción Pública. Y es así cómo Armand David emprenderá tres largos viajes, soportables por la excepcional y entrenada fortaleza física de la que goza desde niño, por su inquebrantable afán de explorador naturalista, por su fe religiosa y por una valentía y un coraje de las que dará muestras sin cesar en zonas tan desconocidas como peligrosas.

Todo ello estará a punto de costarle la vida en varias ocasiones y quebrantará su salud. Sin embargo, conseguirá una larga serie de triunfos científicos, como zoólogo y botánico, que le consagrará como el más destacado naturalista francés de su época, al tiempo que logra realizar el sueño que albergaba desde su juventud, dedicándose a su pasión por la historia natural y el sacerdocio misionero.

El primer viaje, de siete meses de duración, llevado a cabo en 1866, tuvo como destino la Mongolia Meridional. En el segundo, realizado entre 1868 y 1870, exploró la China central y el Tíbet Oriental. Tras un viaje a Francia para recuperarse físicamente, volvió a China, donde realizó el tercer y último viaje de exploración entre 1872 y 1874, del que dejará detallada constancia en los dos tomos de su libro «*Journal de mon troisième voyage d'exploration dans l'Empire Chinois*» editado por la histórica Librairie Hachette un año después de finalizar el viaje que pondrá fin a su aventura exploradora en China. De los dos primeros viajes publicará sus correspondientes y muy detallados diarios en los así llamados Nouvelles Archives del Museo de Historia Natural.

Voy a intentar resumir los aspectos más destacados de estos tres viajes, lo que no es fácil dado los numerosísimos detalles que los adornan y los más que abundantes datos científicos que incluyen, dominio para biólogos y no para un lego en la materia, como es mi caso.

VIAJE A LA MONGOLIA MERIDIONAL

Del primer viaje, que comienza el 12 de Marzo de 1866, Armand David hará un balance severamente crítico. «*He hecho un primer viaje a Mongolia por cuenta del Museo de Historia Natural de París. Las colecciones que he formado y que he enviado a Francia no son muy brillantes. Esas altas mesetas mongolas son de una pobreza desesperante en todos los sentidos. Sin embargo, un cierto número de especies animales y vegetales nuevas, unas para la ciencia, otras para la geografía zoológica, han sido el premio a mis fatigas*». Según cuenta el propio naturalista, el estado de rebelión en la China Occidental le impidió penetrar, como tenía planificado, hasta Kokonoor, una región inexplorada y de difícil acceso.

El Padre David detestaba la impuntualidad. El comienzo del viaje a Mongolia estaba fijado para las siete de la mañana. Desde

horas antes él tiene preparadas todas sus cosas y se impacienta por el retraso de los arrieros, que llegan con cinco mulas adornadas en el cuello por muchas campanillas «siguiendo la moda española», precisa nuestro naturalista. Los animales no tienen buena pinta pero son robustos y acostumbrados a hacer cuarenta o cincuenta kilómetros al día, cargados con unos 180 kilos de equipaje. Tres de las mulas llevan las pertenencias del explorador, reducidas a lo más estrictamente necesario, y en las otras dos cabalgan él y su sirviente chino.

«En China -afirma el padre David- el silencio en el viaje es una regla... El arriero guía su animal, el carretero su faetón, todo de acuerdo con ciertas máximas aprendidas de memoria y transmitidas de generación en generación desde hace treinta siglos o más. Así pues, tú, hombre del cielo de Occidente, no te arriesgues a decir a tu guía: ¡vete allí ! ¡pasa por aquí ! No te escuchará. Ten cuidado de no impacientarte y, sobre todo, de hablar. Cada uno con su oficio ; cada uno con sus reglas»



Armand David

Viajan de seis de la mañana a seis de la tarde hasta encontrar alojamientos. Veintidós días más tarde pasan el último puesto de control chino y llegan a la residencia de misioneros de Eul-Chen-San-Hao. Es una región de agricultores y comerciantes chinos que, activos e inteligentes -dice el naturalista vasco - han ido reemplazando desde hace mucho tiempo a la inercia y la miseria de los pastores mongoles, desplazándolos hacia el norte.

En los diarios de sus viajes, Armand David no sólo se explaya sobre los detalles de los recorridos que hace, especificando fechas y describiendo lugares ; también se extiende en consideraciones y opiniones propias sobre las características sociales, económicas, políticas y antropológicas de China y de las regiones que visita. Además, naturalmente, da explicaciones precisas y amplias sobre la fauna, la flora, la geología, la geografía y la meteorología, y sobre todos los animales y plantas que va recolectando y que es el objetivo primordial de sus viajes.

En Eul-Chen-San-Hao hay muchos cristianos y se ha erigido una capilla y un orfelinato donde, según apunta el padre David *«se recibe y educa cristianamente a niños abandonados por su padres paganos ; esta es una de las obras de caridad más bellas y más útiles de nuestras misiones católicas»*

Durante varios días realiza varias excursiones por los alrededores, cazando algunas aves en compañía del hermano Chevrier, un buen tirador de fusil, que le acompañará durante el resto del viaje. A la expedición se une, pocos días más tarde, un personaje singular, un lama mongol llamado Sambdachiemba, que será el guía de este viaje a la Mongolia meridional y que, treinta años antes, fue el guía de un viaje sobresaliente realizado entre los años 1846 y 1848 por los también misioneros lazaristas Évariste Huc y Joseph Gabet.

Ese viaje histórico fue relatado por el padre Évariste Huc en un libro titulado *«Souvenirs d'un voyage dans la Tartarie et le Tibet»*. Évariste Huc y Joseph Gabet fueron los primeros europeos en visitar el Tibet, desde los viajes del inglés Thomas Manning en 1811-1812. Su objetivo no era la fauna y la flora sino explorar las costumbres

de los pueblos mongoles y del Tibet con vistas a su evangelización. Fue un viaje largo y penoso, en el que pudieron vivir en conventos budistas y estudiar el budismo y la lengua tibetana. Llegaron a Lhasa, la capital tibetana, 18 meses después de su partida. Armand David conocía, lógicamente, la narración de ese viaje aventurero, y la corroboró de boca del propio Sambdachiemba, convertido al cristianismo por los padres Huc y Gabet.

Sambdachiemba, según el padre David, estaba lleno de vigor y, pese a sus más de cincuenta años edad, tenía el deseo de correr nuevas aventuras. *«Es un valiente y ejemplar cristiano, padre de familia, que ha adoptado las costumbres chinas al casarse con una viuda china, pero que todavía conserva su predilección por la vida nómada y aventurera»* –escribía Armand David en el diario de este viaje.

Guiados por Sambdachiemba, la expedición llegó a la antigua ciudad de Saratsi, y es allí donde establecerán el campo-base de su exploración de la Mongolia meridional, el Oirato. El viaje es duro tanto por el clima como por el difícil aprovisionamiento de agua y comida y la inseguridad que provocan las bandas criminales. Nuestro naturalista relata que ha visto pasar por Saratsi grandes carruajes cargados de opio recolectado en los alrededores *«una droga -dice- considerada como una mercancía muy valiosa y bien custodiada por hombres célebres por su coraje, que cuando se ponen en marcha gritan a todo pulmón que llevan cosas preciosas, desafiando a los ladrones a medirse con ellos»*

Las autoridades de Saratsi no se fían de la expedición que encabeza el padre David, pese a mostrarles su pasaportes y el visado chino-mongol que les ha logrado el encargado de la Legación de Francia en Pekín. Les toman por espías rusos o por buscadores de oro y plata. Visitan un monasterio, cercano a la ciudad, donde vive un centenar de lamas, y al padre David le sorprende que sus ritos tengan un parecido sorprendente con las ceremonias del culto católico. Los lamas visitan frecuentemente el campo-base de la expedición y al padre David le fatigan con la, según él, «extrema ignorancia que tienen en historia, geografía y en ciencias metafísicas».

Desde Saratsi, el misionero vasco llevará a cabo varias expediciones. Dos de ellas a la parte occidental del Oirate, donde desea fervientemente encontrar un faisán orejudo azul, un ave galliforme de la que ha oído hablar. Hace un inventario de las diversas especies de la fauna y flora que encuentra en la región.

Armand David, vestido con atuendos chinos y mongoles, el rostro marcado por el cansancio y una barba desordenada, no se amilana ni ante cazadores dispuestos a robar, a quienes interroga con rudeza, fusil en mano, ni ante soldados tártaros en las intermediaciones de la ciudad de Pao-thou que luchan en esa zona contra los rebeldes musulmanes y que quieren que el naturalista detenga su marcha porque aseguran que su general quiere verle. Muy fatigado y harto de contratiempos que le impiden cumplir sus plazos de viaje, el sacerdote vasco no quiere volver atrás y les dice que que sea el general el que se desplace si quiere verle. Enseña sus pasaportes y salvoconductos y les da quince minutos a los soldados para que se decidan. Al final le dicen que todo está en orden y que pueden seguir. Anochece y está lloviendo. Encuentran un albergue infestado de opio y alimañas. Armand David instala su tienda de campaña sobre un lecho de estiércol.

En esos días, el misionero lazarista sufre picores por todo el cuerpo, sobre todo por la mañana. «*No son pulgas ni piojos – explica- En China conocemos bien y sabemos distinguir a esos huéspedes. ¿De qué se trata ? - se pregunta -*

Son una especie de garrapatas que, por docenas, se han metido bajo su vestido mientras se abría paso entre los arbustos frecuentados por los ciervos o bien mientras dormía sobre la tierra por la que pasaba el ganado. Muy difíciles de quitar, le producen inflamaciones que duran varios días.

La vegetación de esos lugares desérticos es pobre. En Pekín le habían hablado de buenos bosques, pero están muy destruidos por la población china. A pesar de todo, nuestro naturalista reúne especies interesantes. Y también aves como el ruiseñor coliazul

(*Tarsiger cyanurus*). El hermano Chevier, habilidoso con el fusil, caza faisanes, buitres y águilas mongolas.

El viaje de vuelta no es fácil. En dirección a Kouï-Hoa-Tcheng, el padre David, tiene fiebre alta y dolores reumáticos, pero hace el camino a pie, acompañado por bandadas enorme de grullas damiselas. Luego, siete días hasta el regreso a Eul-Che-San-Hao y su residencia de lazaristas, donde el naturalista vasco se derrumba nada más llegar. Se recupera bajo los cuidados de su compañeros de sacerdocio y pasa un mes en Suen-Hoa-Fu, lugar de paso de los pájaros en el otoño y donde hacen una caza abundante. Regresa a Pekín el 26 de Octubre de 1866

En este viaje a la Mongolia meridional, coleccionan, en total, 176 pájaros, 59 mamíferos, 1500 plantas y flores y 680 insectos, lo que no parece poco, aunque Armand David considere que ha perdido el tiempo y se ha gastado mucho dinero.

VIAJE A CHINA CENTRAL Y TIBET ORIENTAL DESCUBRIMIENTO DEL OSO PANDA

El segundo gran viaje del naturalista de Espelette comienza el 26 Mayo de 1868 y termina el 24 de Junio de 1870. Dos años largos en los que explora la China central y el Tibet oriental. La despedida de las legaciones de Francia, Inglaterra, Rusia, España y Estados Unidos es calurosa. Acopia medicamentos, cartas de presentación para los vicarios apostólicos del sudoeste, recomendaciones de tener cuidado ante un viaje tan peligroso. Y también recibe una carta del administrador del Museo Nacional de París, Milne-Edwards, que le advierte de no enviar nada a Míster Swinhoe o a otros ornitólogos ingleses antes de asegurarse que el Museo ha recibido y ha tenido el tiempo necesario para publicar en sus colecciones las especies que mande a París, para evitar así que publicaciones prematuras e incompletas quiten al Museo del mérito que, gracias al padre David, esa institución nacional rinde a la zoología En cuanto

a las descripciones y notas que Armand David quiera publicar – añade la carta- los Archivos del Museo están a su disposición y sería preferible no enriquecer a un periódico extranjero. En China, sin embargo, una solidaridad real une a los occidentales. Cada uno mira por su país, lógicamente, pero, como señala el misionero vasco *«cuando se está lejos de la patria, las nacionalidades desaparecen y todos los europeos nos miramos unos a otros como compatriotas perdidos en medio de estas masas chinas...»*

Armand David parte de Pekín para Tong-Tcheou, donde embarcan hacia Tianjín, en cuyas afueras numerosos barcos de guerra bloquean el río. Cadáveres terriblemente mutilados por forajidos se deslizan con la corriente. Bandidos y rebeldes musulmanes venidos de Kanzu amenazan a esa rica ciudad comercial. La Misión y el Consulado de Francia, antiguas residencias imperiales están protegidas por dos buques cañoneros. El director de la misión da un recibimiento excelente al naturalista vasco. El tiempo pasa entre visitas de cortesía y de interés para el viaje expedicionario. La partida para Shanghái se retrasa por reparaciones en el cañonero en el que van a navegar y finalmente parten el día 4 de Junio. Después de ocho días de navegación bastante agitada, el color amarillo del agua anuncia la desembocadura del Yangtsé, el tercer río más largo del mundo, tras el Amazonas y el Nilo.

Remontan el río Huangpu, una ramificación del Yangtsé sobre el que se edificó Shanghái. En la ciudad le dicen al misionero vasco que el Yangtsé en esta época del año tiene mucho caudal y es muy turbulento y que hay que esperar hasta el invierno para remontarlo. Mientras espera, aprovecha para explorar los alrededores de Shanghái: algunos insectos, una vegetación monótona, varias especies de faisanes.

El 23 de Junio embarcan en un buque de vapor, invadido por los vapores del opio y donde Armand David es uno de los pocos europeos a bordo. Alcanzado rápidamente Nankin, desembarcan más tarde en Jiujiang. Allí hay un orfanato donde chinos cristianos cuidan y educan a niñas abandonadas. El padre David tiene

mucho interés en estos centros donde se forja el cristianismo indígena. Llueve a mares. En los campos de arroz que rodean la misión nuestro naturalista caza una grulla negra. Explorando el monte Ly-chan, descubren un pobre monasterio budista, donde oyen un fuerte ladrido. Los bonzos le invitan a tomar té, pero lo rechaza, aduciendo que tiene miedo a los perros. Le dicen que allí no hay perros, que será una gran rana negra que imita magníficamente el ladrido de un perro. Rápidamente, el padre David y su acompañante, van a la búsqueda del misterioso batracio. Le costará varios días encontrarlo. Es la *Rana latrans*, de tamaño muy grande, que vive en las rocas de las cascadas. Durante tres meses, Armand David explora obsesivamente la provincia de Jiangxi y envía sus logros a París: una decena de mamíferos, una treintena de pájaros, sesenta especies de peces y reptiles, seiscientos treinta especies de insectos y doscientas especies de plantas.

El 13 de Octubre embarca de nuevo, en compañía de cuatro enviados apostólicos procedentes de Shanghái y destinados a las provincias de Sichuan y Yunnan. El mal tiempo retrasa la navegación. Paran en Hankou. A la vuelta al barco, el explorador vasco, cuyo estado de salud hasta entonces era bueno, se encuentra súbitamente con dolores de estómago y de vientre muy violentos e insufribles. Piensa que le han envenenado con una taza de té que, según le cuentan, es una manera muy corriente en China de de hacerse de los enemigos. Armand David piensa que sus constantes desplazamientos como naturalista hacen sospechar que se trata de un espía occidental que busca minas de metales preciosos. Y sabe que otros misioneros han muerto envenenados.

El 6 de Noviembre embarca en un barco chino con destino a Chongqing. La población cristiana le ayuda a transportar hasta el puerto los treinta bultos que constituye el equipaje de la expedición. En el transcurso de esta nueva etapa de su viaje por el río Yangtsé, nuestro naturalista queda maravillado por la entrada a las gargantas de Itchang. Los dos bordes del río se elevan a varios centenares de metros de altitud. «Es una de las escenas de la naturaleza más bellas que se puedan ver – dice Armand David en su diario

– Numerosas cascadas laterales de las que las aguas caen vaporizadas y grutas suspendidas sobre estas altas murallas verticales. El río parece subterráneo»

El 17 de Diciembre llegan a Chongqing, donde el padre David conoce a Monseñor Desflèches, vicario apostólico del Sichuan oriental, una figura legendaria de las Misiones cristianas en China, que encarna el combate católico contra la administración imperial, lo que le indisponen con la diplomacia francesa. El explorador vasco queda seducido por Desflèches con quien pasa un tiempo precioso de conversaciones.

Dos rutas llevan hasta Chengdú, la capital de la provincia de Sichuan, desde donde es posible avanzar hasta Moupin, un principado tibetano independiente reputado por la riqueza de su fauna. Armand David optará por la vía terrestre, más rápida, mientras los baúles irán por el río. Pero, de momento, quiere explorar los alrededores de Chongqing, aunque el mal tiempo se lo impide, lo que le deprime. Después de la Navidad, que se festeja solemnemente en la misión católica, el 2 de Enero de 1869 deja Chongqing.

La ruta terrestre está bordeada de campos de caña de azúcar. Aprovecha para aprovisionarse de una buena cantidad a bajo precio. La campiña tiene muy buen aspecto. Los campesinos de Sichuan son maestros del cultivo y los grandes campos de zanahorias impresionan a los viajeros. Una semana más tarde llegan a Chengdú y Armand David se instala en la residencia episcopal de Monseñor Pinchon, vicario apostólico del Sichuan septentrional.

El obispo ha residido varios años en Moupin y le proporciona útiles informaciones al misionero de Espelette: una salamandra negruzca habita en los barrancos húmedos ; en los arroyos hay sanguijuelas amarillas cuya mordedura es mortal ; en los bosques viven dos especies de antílopes, un buey salvaje y un oso blanco. El principado de Moupin está sólo a varios días de marcha, pero hay que tener cuidado porque los caminos y los bosques están infestados de forajidos. En todo caso los baúles, que viajan por el río, tardarán aún veinte días en llegar. El obispo le convence para

visitar una pequeña comunidad cristiana en las montañas, a una jornada y media al norte de Chengdú.

Diez hombres, armados de fusiles, forman la expedición. Una vez allí, y durante varios días, Armand David explorará las montañas en compañía de una familia de chinos cristianos, y buenos cazadores, logrando muchas y excelentes capturas de pájaros, varios de ellos especies no conocidas hasta el momento. Le proporcionan también cinco ejemplares de un pequeño mamífero insectívoro que vive bajo tierra y que el padre David desconocía, y una gran rata amarillenta con larga cola y vientre blanco como la nieve, otra especie desconocida. Esos días quedarán en la memoria del naturalista de Espelette como uno de sus mejores recuerdos de China.

El 22 de Febrero deja Chengdú y emprende el camino en dirección a Moupin, hacia el suroeste. Seis días después, se abre a sus ojos el valle de Moupin. Cuarenta años atrás era un territorio selvático al que llegaron misioneros buscando lugares más seguros para huir de la persecución china. Luego, cristianos y otros chinos lograron permiso para residir y cultivar la tierra y ahora el valle tiene un aspecto chino donde se cultivan patatas y coles llevadas por los misioneros, que son el elemento esencial de su alimentación.

Es una región de pequeños estados autónomos, como el de Moupin, con una población que no es china ni tibetana aunque se parecen más a estos últimos. Su religión es el budismo tibetano. La potasa, el maíz, las hierbas medicinales y la mostaza que intercambian por arroz con las gentes de Sichuán, les han proporcionado una relativa prosperidad.

Las montañas son escarpadas, selváticas, con abetos y cedros hasta los tres mil metros. La misión católica instalada allí cuenta con el Colegio de la Anunciación y Armand David se instala en una habitación de ese Colegio y comienza rápidamente a explorar la zona. Caza varios pájaros y los estudiantes le llevan algunos otros. Le facilitan pieles de la pantera común de China y de un leopardo con grandes manchas color ceniza que nuestro naturalista no había visto hasta entonces. Contacta con cazadores de la zona y

nuevas capturas se van sucediendo. Es una hermosa primavera y Armand David se siente confortablemente instalado.

En compañía de un estudiante sale a explorar los valles bajos de Hong-chan-tin. Las capturas comienzan pronto. Encuentran en la brecha de una roca, un mono muy viejo que está agonizando, herido por un disparo. Es un ejemplar de *Macacus tibetanus*. La imagen le produce un efecto terrible al padre David, por la inquietante similitud de este animal con un ser humano. En el camino de vuelta, le invitan a tomar un refrigerio en casa de un cazador llamado Li. Y es allí donde ve por vez primera la piel de un oso blanco y negro de gran talla. Su anfitrión le asegura que le puede proporcionar un ejemplar o dos en los próximos días. El regreso a la misión es muy arduo y peligroso porque el sendero por el que caminan está cortado por cascadas y deben buscar otros a más altura saltando entre rocas muy verticales y agarrándose a los árboles. Y así durante varias horas.

Su joven acompañante aguanta y ambos pasan mucho miedo. Están agotados y la noche cerrada se les echa encima. Comienza a llover abundantemente. No ven donde pueden guarecerse cuando, *Deo gratias*, oyen voces humanas y aparece un hombre con una lámpara que los lleva hasta su cabaña, les da patatas y algo de maíz que devoran y pueden recuperarse frente al fuego.

El 23 de Marzo (seguimos en 1869) más de tres semanas después de haber llegado a Moupin, los cazadores indígenas, ausentes desde diez días antes, llevan un oso blanco joven que han capturado vivo y al que, desgraciadamente, han matado para transportarlo mejor.

«Este joven oso blanco que me venden muy caro –relatará el padre David en su diario de este viaje- es completamente blanco, exceptuando los cuatro miembros, las orejas y el contorno de los ojos, que son de un negro profundo. Los colores son los mismos que los de la piel del oso adulto que pude examinar el otro día en casa del cazador Li. Se trata, pues, de una nueva especie de úrsido, que destaca mucho no solamente por su color, sino por sus patas velludas en su parte inferior y otros caracteres»

El naturalista vasco añadirá a la caja que contiene al animal hasta su destino en París una nota descriptiva: «*Ursus melanoleucus*. Macho adulto con todos sus huesos [...] No tenía idea alguna de su existencia antes de venir a estos principados tibetanos. El primero que me habló de un oso blanco que vivía en las grandes montañas del Tibet fue Monseñor Pinchon, pero como este venerable personaje me declaró que no había visto nunca este animal, pensé que se trataba de un albinismo más o menos frecuente que se habría observado en el *Ursus thibetanus*, la especie ordinaria del país. Pronto me convencí que se trataba de una especie bien distinta»

Acababa de producirse el mayor descubrimiento de los muchos llevados a cabo por Armand David en su exploración naturalista de China. Al animal se le catalogará luego con el nombre científico de *Ailuropoda Melanoleuca*, pero se hará conocido posteriormente en todo el mundo como el *Oso Panda*. Armand David, el misionero de Espelette, inscribía su nombre con letras de oro en la historia de la zoología.

Los cazadores indígenas continúan trayendo numerosos animales, que el padre David prepara para enviar a París. A principios de Mayo, el tiempo se torna cálido y húmedo, lo que entorpece el trabajo, porque los animales entran en putrefacción y hay que intensificar las preparaciones. Pero el naturalista vasco está contento. Su herbario se amplía con nueve especies de rodoendros y los cazadores le traen seis monos de una nueva especie ; se trata del llamado «mono dorado», *Rhinopithecus roxellannae*, animal muy robusto, con miembros largos y carnosos, la cara de color verde azulada, la cola larga y fuerte y la espalda cubierta por un pelo muy largo, que viven en los árboles de las montañas más grandes, habitualmente cubiertas de nieve. Es otra especie desconocida que Armand David da a conocer a Occidente. En total, los envíos al Museo desde el Tibet Oriental, suman 676 especímenes de plantas, 441 de pájaros y 145 de mamíferos.

A mediados de Junio, la salud de nuestro misionero lazarista, que lleva semanas sufriendo del intestino, empeora, y después de

una jornada de exploración, la fatiga le vence y se desmaya. La fiebre alta y los fortísimos dolores le obligan a la inactividad. Ensaya diversos remedios sin resultado. Al fin, hace hervir plantas de cenizo (*Chenopodium album*) que abundan en el jardín de la misión y que come con aceite y vinagre, y el remedio es eficaz.

Armand David continuará en Moupin hasta el 22 de Noviembre, llevando a cabo expediciones y ampliando sus colecciones de plantas e insectos, siempre pensando en lo que le queda aún por descubrir. Nuevos episodios de mala salud le acompañarán en su duro periplo por esas tierras.

A finales del año 1869 llega a Chengdú y no puede resistir la tentación de hacer una excursión a Kokonoor que dura tres meses, hasta fines de marzo de 1870, y que resulta fructífera porque descubre la Gran Salamandra de China, el anfibio más grande del mundo y que lleva el nombre científico de *Andrias davidianus* en honor al padre David. Reposa unas semanas en Chengdou y abandona para siempre la región de Sichuán, aconsejado por los misioneros allí residentes, alarmados por el considerable debilitamiento de su estado físico. El regreso fluvial por el Yangtsé resulta tranquilo, sólo alterado por los rumores de disturbios contra los cristianos en Nankin. Llega a Shanghái el 18 de Junio, y seis días después recalan en Tianjín, pero tres días antes han tenido lugar los espantosos sucesos anticristianos de la «Masacre de Tianjín» y la situación en la ciudad es aún muy peligrosa. Los pasajeros no desembarcan y el barco vuelve a Shanghái, desde donde el misionero lazarista regresará a Europa. Hay que señalar que el periodo en el que Armand David vivió en China fué uno de los más violentos y mortíferos de la historia del catolicismo en ese país

REGRESO TEMPORAL A EUROPA

Durante años, circuló la patraña de que los misioneros mataban a niños para sacarles los ojos con objeto de fabricar medicinas

caras. Y en Junio de 1870, se extendió el rumor de que monjas católicas ofrecían pequeñas cantidades de dinero a gente que trajeran niños sin hogar a sus orfanatos, lo que llevó a algunos traficantes a secuestrar criaturas. Eso coincidió con que algunos niños de los orfanatos murieron por enfermedad. La tensión entre las misiones cristianas y los residentes chinos de Tianjín se tornó explosiva en aquel comienzo de verano más seco y caliente de lo habitual. Hordas de manifestantes acosaron a las misiones y consulados extranjeros y llegaron a incendiar la catedral y cuatro iglesias británicas y americanas. Asaltaron el consulado francés, asesinando al cónsul y a su ayudante e irrumpieron en el edificio adyacente que ocupaba la misión lazarista, con el orfanato, el convento y una iglesia, asesinando a dos sacerdotes y cuarenta chinos cristianos, mientras que diez monjas de las Hijas de la Caridad fueron violadas y mutiladas antes de matarlas. Fue lo que se conoce como «la masacre de Tianjín».

Al mes siguiente, Armand David volvió a Francia. Su salud estaba muy quebrantada y los trágicos acontecimientos ocurridos en Tianjín le traumatizaron y decidió volver a su patria antes de lo que tenía previsto. En Ceilán, tuvo la primera noticia de las hostilidades entre Francia y Prusia. Viajaba en el «*Emperatriz Eugenia*», un grande y magnífico barco que volvía de su primera travesía a China y en el que había pasajeros de todos los países de Europa. Los holandeses, belgas y españoles se mostraban favorables al triunfo de Francia, mientras que ingleses y americanos simpatizaban claramente con Prusia. En el prólogo al Diario de su tercer viaje por el interior de China, Armand David escribe que nunca olvidará la pena y la profunda tristeza que le causó una dama, mitad francesa de origen, que no dejaba de celebrar ruidosamente cada noticia desfavorable a Francia. Cuarenta y cinco días después de salir de Shanghái el barco llegó a Marsella.

Armand David deseaba ir a París lo más pronto posible, pero las cartas que recibió de la capital le notificaban que se preparaba un sitio de la ciudad y que todos los sacerdotes que no eran necesarios para el servicio ordinario debían buscar refugio en otra

parte. Decidió, pues, volver a su tierra natal, al País Vasco, con la esperanza de restablecerse mejor de su salud, todavía en estado grave. Pero antes, quiso satisfacer su gran deseo del volver a ver Savona, la hermosa ciudad donde había vivido diez años y donde comprobó que la importante colección de historia natural que había creado allí se había librado de la confiscación gracias a que figuraba como su propiedad personal.

La prolongación de la guerra con Prusia y los desórdenes en París le llevaron a permanecer en Italia hasta la caída de la Comuna. Pasó ese tiempo en diferentes establecimientos de su Congregación, recuperándose poco a poco de su maltrecha salud, a pesar del frío excepcional de aquél invierno. Aprovecho también para visitar antiguos conocidos, como el joven marqués Giacomo Doria, ilustre naturalista italiano, que acababa de volver de un viaje de exploración a Persia y Borneo y había montado cuatro años antes en Génova el Museo Cívico de Historia Natural, en un palacio cedido a este fin por la ciudad.

Llegó a París el 20 de Junio de 1871 y una de sus primera visitas fue, lógicamente, para el Museo de Ciencias Naturales, donde comprobó que los ochenta obuses prusianos que habían caído sobre el Jardín des Plantes (que alberga el Museo) no habían causado mucho daño y que todos sus envíos desde China estaban sanos y salvos. En Agosto, el Museo hizo una exposición pública de diversas colecciones provenientes de los viajes de Armand David, y él se marchó al País Vasco para ver a sus padres. Allí tuvo la ocasión de leer algunos periódicos de la capital que se hicieron eco de la exposición, lamentando que algunos periodistas echaran en falta objetos de botánica y mineralogía, sin saber que en la sala abierta al público no se exhibía la totalidad de sus colecciones y en particular sus herbarios del norte y el oeste de China.

En su estancia en el País Vasco terminó de recobrar definitivamente la salud y empezó a pensar que pronto podría regresar a China. A mediados de Septiembre volvió a París y, con el consentimiento de sus superiores lazaristas aceptó una prolongación de

la misión científica que el ministro de instrucción pública le había otorgado, a petición de los directores del Jardín des Plantes. En sus planes, esa campaña debía durar tres o cuatro años y terminaría con la exploración de las Islas Filipinas, aunque tenía el temor de que quizá no se lo permitieran sus condiciones físicas y su edad. El tercer y último gran viaje de su investigación científica de China estaba en marcha.

Antes de partir, fue recibido en varias ocasiones por el Presidente provisional de la Tercera República y notorio historiador, Adolphe Tiers, de quien le sorprendió, muy favorablemente, que, pese a sus responsabilidades, dedicara tiempo, frecuentemente, para estudiar cuestiones avanzadas de geología, lo que, a ojos del misionero vasco, era un hermoso ejemplo de amor a la ciencia.

Ante el Jefe del Estado, Armand David defendió la causa de la civilización europea, francesa y cristiana, en el extremo oriente. Se permitió, además, proponerle al Presidente la ocupación del archipiélago de Zhoushan, de gran importancia estratégica al estar situado cerca de la desembocadura del río Yangtsé, en compensación por las masacres de Tianjín. La propuesta, que mostraba una vez más el acendrado patriotismo francés del Padre David, tenía más carácter político que apostólico y suponía un ataque a China y un desaire a Gran Bretaña, que ocupó un tiempo el archipiélago y luego lo evacuó, exigiendo que no se dejara en manos de otra potencia occidental. La propuesta de nuestro naturalista fue descartada por el gobierno francés.

Unos pocos días antes de embarcar, en Enero de 1872, se vió con el secretario de la Sociedad de Geografía, que le comentó que las publicaciones del Museo tenían poca difusión y que él mismo había tenido conocimiento de sus viajes de exploración y de los logros conseguidos gracias a la «*Revue des Deux-Mondes*» («Revista de los dos mundos»), en la que el zólogo y entomólogo Émile Blanchard, técnico del Museo de Historia Natural y luego miembro de la Academia de Ciencias de Francia, había publicado cuatro largos artículos relatando el trabajo de Armand David en China.

La mencionada revista, fundada en 1829 y que todavía hoy sigue publicándose, gozaba de notable prestigio en esa época.

Muy complacido, sin duda, el naturalista vasco concluía con estas palabras el prólogo a su diario del tercer viaje de exploración en China: *«Gracias a esos artículos, el público ha sabido que un misionero francés ha contraído el mérito de consagrar una parte de su vida a los intereses de la ciencia ; que, gracias a extenuantes investigaciones, ha tenido la buena fortuna de enriquecer las colecciones de nuestro Museo Nacional con muchos animales y plantas de los que carecía, entre los cuales una treintena de especies de mamíferos, todavía desconocidos para los naturalistas y más de cuarenta nuevas especies de pájaros, además de no pocas novedades en reptiles, peces, anfibios, moluscos, insectos y vegetales, sin contar informaciones originales sobre la geografía y la geología de esa regiones lejanas, todavía muy imperfectamente conocidas por los europeos»*

TERCER Y ÚLTIMO VIAJE DE EXPLORACIÓN EN EL IMPERIO CHINO

A principios de Marzo de 1872, Armand David estaba de vuelta en Shanghái. Viajó a Ningbo, donde conoció personalmente al célebre naturalista británico Robert Swinhoe, cónsul de Inglaterra, que desde hacía un año tenía paralizado el lado izquierdo de su cuerpo a causa de una hemiplejía. Swinhoe, reputado ornitólogo, le mostró especies nuevas de pájaros, lo que le incitó a efectuar un viaje a la provincia de Zhejiang, al sur de Shanghái. En Mayo vuelve a Shanghái, donde compró bastantes especies acuáticas y se entrevistó con el geógrafo y geólogo alemán Ferdinand von Richthofen.

Tras enviar sus nuevas adquisiciones al Museo de París, emprendió viaje a Tianjín, adonde llegó el 31 de Mayo, y posteriormente a Pekín, donde puso en orden el gabinete de historia natural que había creado en Peitang, en el que piezas únicas habían desaparecido y al que añadió pieles traídas de Europa para aumentar

las colecciones. Ante el escaso interés que los chinos prestaban a este gabinete, Armand David decidió enviar a París las especies indígenas más interesantes. El naturalista de Espelette reprochaba a los chinos que les interesara el mundo natural solamente con fines utilitarios: agricultura, medicina o decoración.

Nuestro misionero lazarista comenzó a preparar un largo viaje, el tercero y último que llevaría a cabo en el Celeste Imperio, cuyo destino era la China central y meridional. El 2 de Octubre de 1872 salió de Pekín con destino a Sin-gan-fou, la actual Xi'an, a 1.300 kilómetros de la capital, con dos carromatos, ciento cincuenta kilos de equipaje y dos jóvenes sirvientes cristianos. Armand David se sentía muy bien, física y anímicamente. Treinta y tres días después llegaron a Xi'an, capital de la provincia de Shaansi, tras un viaje no exento de incidentes ni de senderos atroces o albergues donde era un lujo que las puertas cerraran, que hubiera un banco de madera o las habitaciones tuvieran techo, y en los que los olores de los retretes y del opio junto a los ruidos de la gente y los animales no permitían distinguir la noche del día.

Monseñor Chiaïs, un franciscano piamontés, vicario episcopal de la zona y veterano de las misiones cristianas en China, le acogió en su residencia y le confirmó que ir a la provincia de Gansu era imposible, debido a la rebelión musulmana, que había provocado deserciones masivas en las tropas imperiales. El padre David decidió ir a explorar los montes Qinling, una barrera montañosa todavía salvaje que divide teóricamente el norte, con su clima templado, del sur de China y su clima subtropical ; línea divisoria entre la cuenca del Hoang Ho, el Río Amarillo, de la cuenca del Yangtsé o Río Azul, hace que ese macizo montañoso tenga una flora y fauna particularmente ricas.

A mediados de Noviembre se instaló en el pueblo de Inkiapo, junto a una capilla donde cada mañana al amanecer oficiaba la misa para los cristianos de los alrededores, que le llevaban huevos, nueces, castañas, como regalo. Nuevas especies de ratas y ratones se añadieron a sus capturas.

El 10 de Diciembre marchó en expedición hacia el interior de la cadena montañosa, por caminos de nieve y hielo. Encontró refugio en una cabaña de leñadores. El mal tiempo y el poco conocimiento que los leñadores tenían de la fauna en esa zona le hicieron volver a Inkiapo. Se lamenta de la rápida destrucción de los bosques primitivos, que conlleva la desaparición de arbustos, plantas y de los animales grandes y pequeños que necesitan el bosque para vivir y perpetuar la especie.

Desde mediados de Enero de 1873 llevó a cabo nuevas expediciones. Pasó el nuevo año chino en Yén-kia-tsoun. Hizo nuevas capturas y preparaciones de plantas y animales. Continuaron las expediciones, y el día 4 de Abril dos cazadores le llevaron cinco ejemplares vivos de Oa-oa-yu, la Gran Salamandra de China, un voraz carnívoro lento de movimientos, que descubrió el padre David, cuatro años antes, en el Kokonoor. Dos semanas después, salió en barco hacia Han-Keou junto a sus dos ayudantes y las cajas con su botín de animales y plantas. Los rápidos del río Han son peligrosos. Los dos primeros, muy violentos, los pasaron con dificultades y en el tercero una mala maniobra hizo que el barco se estrellara contra una gran roca que se elevaba en medio del río y que se rompiera por la mitad. Armand David se tiró al río y logró fijar la amarra en la roca. Con sus dos sirvientes consiguió llevar a tierra la mayor parte de sus pertenencias, pero las salamandras y una parte de las colecciones se habían perdido. Poco después, el barco desapareció bajo las aguas.

Al día siguiente encontraron una embarcación ligera, que les llevó, a precio de oro, hasta Shing-han-tcheou, donde alquilaron sitio en otro barco que transportaba madera de roble. Por la noche, echaron el ancla y el patrón le pidió al padre David que disparara algunos tiros para amedrentar a los bandidos que infestaban la zona. Días después cambiaron de embarcación y el 7 de Mayo llegaron a la desembocadura del Han en el gran Yangtsé, donde, entre muchas embarcaciones y barrios de palafitos, estaban amarrados varios majestuosos barcos de vapor europeos que alegraron la vista de Armand David.

En la casa de la misión italiana se encuentra con misioneros franceses, belgas y holandeses y recibe ávidamente noticias de Europa. Se entera que su nombre ha aparecido repetidamente en diarios chinos como el *Nouvelliste* de Shanghái, el *Evening Courier* y el *Shanghái budget*, estos dos últimos en inglés, que han reproducido los artículos de Émile Blanchard en la *Revue des Deux-Mondes*. Esta reputación le sirve para que la Compañía Russel le ofrezca un camarote gratuito en uno de sus barcos hasta Jiujiang, adonde llega el 11 de Mayo y donde le reciben con los brazos abiertos en la nueva misión de los lazaristas. Allí trabaja desesperadamente para restaurar sus colecciones que están en un estado deplorable por todos los incidentes ocurridos en los viajes. El tiempo seco permite salvar una parte, pero la mayoría de la campaña en China central se ha perdido.

Después de recuperar fuerzas físicas y morales, el 23 de Mayo parte para Fuzhou, adonde llega el 30 de Mayo. Tres días después viaja a Tsitou, un pueblo cercano a Fuzhou y se instala en el gran edificio del colegio de seminaristas que hay allí. Los parajes son variados, con pequeñas planicies, bosques y ríos, y abundante vegetación. El sitio es idílico salvo por un calor muy pesado y el peligro de contraer malaria. La caza de insectos da buenos resultados. El fuerte calor y las violentas lluvias llenan de ratas los edificios. Son roedores de una especie nueva. También es una especie nueva un criptogama filiforme de color marrón, largo y fino como un pelo, que encuentra sobre el tronco de un árbol muerto. Caza un milano brahmán (*Haliastur indus*) que Robert Swinhoe pensaba que no existía en China. Los sirvientes del padre David sufren vómitos y dolores por el calor insoportable. El ambiente tórrido y nauseabundo confinan a nuestro naturalista en su habitación y su salud se degrada rápidamente. Sólo es capaz de cortas excursiones entomológicas alrededor del colegio. El clima es cada vez más difícil de soportar y la captura de insectos ya no ofrece novedades. Se acerca el momento de marchar, pero los dolores abdominales que sufre Armand David aumentan y tiene fiebre y dolores de cabeza. Tiene vértigos, visión borrosa y guarda el equilibrio difícilmente. Está al borde de la deshidratación. Sin embargo no deja de celebrar la misa todos los días.

Cuando la enfermedad empieza a remitir se impone un cambio de aires. El 30 de Septiembre un vacilante Armand David emprende el viaje a las montañas de Fujian. La marcha es extremadamente dolorosa, pero su voluntad vence las carencias físicas. Camina lentamente con uno de sus sirvientes junto a él. Son doce horas diarias de marchas continuas. Quiere llegar a Koatén, pequeña aldea donde espera ver una especie de monos. Extenuado, con mucha fiebre y extremadamente débil, solamente deja de caminar durante la noche. En Koatén le acogen dos sacerdotes. El 14 y 15 de Octubre una leve mejoría le permite salir al exterior. Abundan novedades en la fauna de la zona. Un cazador le lleva tres monos que se parecen mucho al *Macacus Tibetanus*. A pesar de su debilidad física, Armand David no deja de explorar los bosques y de realizar su trabajo de taxidermista.

El 9 de Noviembre su inflamación en el pecho se agrava considerablemente. Al día siguiente se siente morir. Tiene cuarenta y siete años y uno de los sacerdotes que le han acogido, el padre Calunga, joven dominico español, le da la extremaunción. Agoniza durante tres horas, pero poco a poco los dolores se atenúan. Cuatro días después, el peligro de muerte inminente parece descartado y el 21 de Noviembre a la mañana se levanta. El día uno de Diciembre, en un paisaje de nieve, hielo y lodo, emprende el regreso a Tsitou. Armand David se siente mejor y camina diez horas diarias. La fiebre baja y, sin embargo, le salen lombrices intestinales por la nariz. Todavía le afligen forúnculos, hemorroides, reumatismo en las articulaciones y una tos quejumbrosa. Cuando llega a Tsitou, está extenuado de fatiga y dolor y pasa el mes de Diciembre convaleciente dando pequeños paseos alrededor del colegio. Los cazadores le siguen trayendo capturas y no descarta ir a Filipinas. A pesar de todo, está contento de los materiales recolectados en el oriente de la provincia de Jiangxi y en las montañas de Fujian. Solamente en mamíferos, tiene unas cuarenta especies diferentes, algunas no descubiertas hasta entonces. También hay nuevas especies de pájaros, reptiles e insectos. Catorce cajas de diferentes tamaños albergan sus capturas y el 17 de Diciembre embarca para

Jiujiang. El último día del año entran en aguas del Yangtsé y el 1 de Febrero de 1874 arriban a Jiujiang. En la residencia episcopal festejan su llegada y allí se convence que no se restablecerá a menos de volver a Francia. El 14 de Marzo marcha a Shanghái y el 3 de Abril abandona China definitivamente. Se ha terminado su aventura exploradora en el Celeste Imperio. Según los cálculos realizados por Emmanuel Boutan, el Museo Nacional de Historia Natural de París recibió, en total, 2.919 especímenes de plantas, 9.569 de insectos, arácnidos y crustáceos, 1.332 de aves y 595 de mamíferos.

FIN DE SU AVENTURA ASIÁTICA REGRESO DEFINITIVO A FRANCIA

En Francia le acoge la casa-madre de la Congregación lazarista en París, en la Rue de Sevres, donde su salud se irá restableciendo, aunque seguirá frágil. Le espera una vida tranquila. Recibe visitas, mantiene correspondencia, escribe artículos, se pasea con los seminaristas por el Jardín des Plantes enseñándoles sus conocimientos, publica su «*Diario de mi tercer viaje de exploración en el Imperio Chino*» (1875) en dos tomos, y su excelente «*Los pájaros de China*», también en dos tomos.

Le piden que monte un nuevo gabinete de historia natural destinado a la instrucción de los seminaristas y responde con entusiasmo al encargo. Es el tercero que crea, tras el de Savona y el de Peitang, en Pekín, aunque en este último las colecciones van desmembrándose y terminan desapareciendo.

Hace un viaje a Túnez en 1881 y otro a Constatinopla en 1883. Pero su intervención más importante y más polémica es la que tiene lugar en Abril de 1888, en los locales de la Sociedad de Geografía de París, donde se celebra la primera sesión del Primer Congreso Científico Católico. Esta esperanza de una actividad científica tolerada por la Iglesia había creado una notable expectación entre los religiosos científicos. La intervención de Armand David, defendiendo

con ejemplos contundentes y argumentos científicos los aspectos favorables a la teoría de la evolución darwinista, desata los abucheos al naturalista de Espelette y el tumulto dura varios minutos. Es un episodio que deja devastado al padre David, pero él apuntala, con orgullo, su posición al respecto, en un artículo publicado ese mismo año, y titulado «*Noticia sobre algunos servicios prestados a las ciencias naturales por los Misioneros del Extremo Oriente*»

¿No sería más natural – afirmaba nuestro naturalista – admitir que los tipos principales de animales y plantas, una vez aparecidos sobre la Tierra, cuando y como le ha complacido al Creador, habrán sufrido, bajo la acción de causas secundarias, modificaciones sucesivas que los han dividido en variedades, razas, especies, etc, las cuales han continuado propagándose cerca de sus lugares de origen?

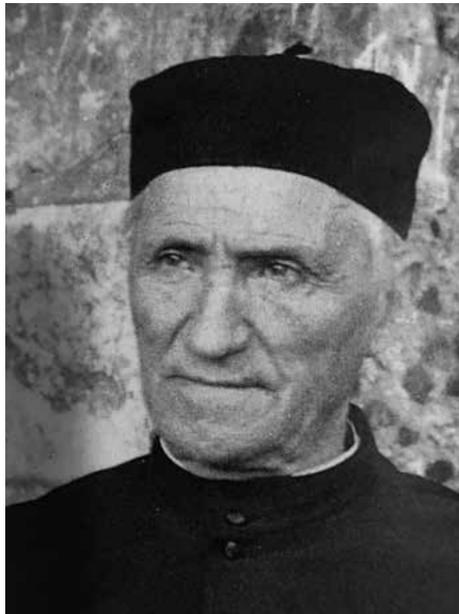
Antes de morir, Armand David hizo un último viaje a su villa natal, a Espelette. En su libro, el primero que biografió en 1929 a este misionero vasco, Jean-Baptiste Daranatz afirma que el recuerdo de su persona, por parte de aquellos que le saludaron o trataron en esta última visita, era como una visión legendaria. Seducía, dice Daranatz, por su rara modestia, la extrema sencillez con la que se relacionaba y la encantadora bonhomía con la que relataba sus exploraciones en China y los detalles ornitológicos más curiosos. Disfrutaba haciéndolo.

Para los testigos de aquel viaje, fue inolvidable el espectáculo de Armand David con una araña, grande como un puño, que llevaba con él y a la que tenía claramente domesticada. La acariciaba y la tenía habitualmente sobre su mano o muy cerca de ella. El animal se mostraba muy dócil. Cuando el padre David le hacía un gesto, la araña salía inmediatamente y recorría la habitación entera, desde el suelo hasta el techo, atrapando todas las moscas con extrema rapidez y volvía a su punto de partida. Si en medio de la caza, su dueño le llamaba, obedecía al instante y volvía con él.

Armand David regaló a la iglesia en la que fue bautizado una preciosa cruz de esmalte que le había dado un príncipe ruso en agradecimiento por una mariposa magnífica del Tibet. Después

de esta visita a Espelette, Armand David se retiró de nuevo a la casa-madre de los lazaristas en París, donde vivía como el más humilde de los religiosos desde su retorno de China. Falleció el 10 de Noviembre de 1900. Tenía 74 años. Era miembro de varias Academias, entre ellas de la Academia de Ciencias de Francia. Tanto la Sociedad de Geografía como la reunión de las «Societés Savantes» de Francia en la Sorbona le concedieron sendas medallas de oro, y el gobierno francés le ofreció varias veces la cruz de la Legión de Honor, pero la rechazó. Cuatro años antes de morir, la cruz le fue enviada de oficio

La Francia republicana, adalid de la laicidad y de la separación de la Iglesia y del Estado, fue dejando de prestar atención a los logros científicos de un sacerdote católico que, además, provenía de una familia de raigambre monárquica. Y la Iglesia Católica, que no podía dudar de la fe, la entrega, la lealtad y la obediencia del



Armand David

padre David, estaba claro que detestaba que, como científico, este misionero lazarista tuviera veleidades darwinistas.

«Rehusando admitir las enormes consecuencias que los darwinistas extraen de sus observaciones sobre la modificación de la especie, tal como nosotros la entendemos hasta ahora –afirmaba Armand David en el prólogo al diario de su tercer viaje– soy de los que piensan que esta clase de estudios, realizados sobre la inmensa masa de hechos que ya posee la ciencia y que acumula cada día con rapidez, deben ofrecer resultados de una gran importancia para la resolución de los problemas más capitales»

Respetada, pero olvidada, la figura de Armand David, reivindicada más tarde por su descubrimiento del Oso Panda y por la admiración de la World Wildlife Found a su obra como naturalista, ha dejado un capítulo importante en todos los tratados internacionales de historia natural. Y para la posteridad, ahí están las ricas colecciones que conserva el Museo Nacional de París, los numerosos artículos científicos que escribió y los extensos diarios de sus viajes, además de testimoniar su pasión ornitológica en los dos maravillosos tomos de su libro *«Les oiseaux de la Chine»* («Los pájaros de China»), publicado en 1877, en el que colaboró el ilustre zoólogo Émile Oustalet y que está ilustrado por ciento veinticuatro magníficas láminas dibujadas y litografiadas por M. Arnoul y coloreadas con pincel. A los libros que hemos citado al comienzo de esta Lección habría que añadir los muchos artículos y capítulos de obras sobre historia natural que han valorado la grandísima labor que como naturalista llevó a cabo Armand David.

En estas páginas no se ha querido ni muchísimo menos, enjuiciar las ideas ni las creencias de Armand David, faltaría más. Solamente se ha deseado mostrar las características y la personalidad de este hombre, y la relación con el medio social e histórico en el que desarrolló su existencia. El objetivo ha sido difundir, en la pequeña escala en la que puedo hacerlo, la figura y la obra de un científico sobresaliente, de un hombre excepcional capaz de aventurarse en territorios incógnitos, poniendo en riesgo su salud y su vida, para lograr muchos y nuevos descubrimientos de la flora y la

fauna de nuestro mundo, la indomable pasión de su vida. Lo logró sobradamente, pero su aventura vital y su obra creo que no ha sido resaltada suficientemente.

En el País Vasco, es una figura que me parece que no ha despertado el interés que se merece, siendo no sólo un gran naturalista vasco, como he titulado esta Lección de Ingreso en la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, sino, con toda probabilidad, el más importante naturalista de la historia del País Vasco. No he pretendido una labor de investigación, sino, sencillamente, una labor más bien traductora y periodística, de sintetizar y publicar a esta personalidad singular llamada Armand David. Muchas gracias por su atención y por su paciencia.





**Acto de recepción y
entrega de acreditaciones**

Seguidamente la presidenta de la Comisión de Álava impuso la medalla como Amigo de Número a Valentín Díaz y la directora de la RSBAP, Amelia Baldeón, le entregó la credencial de Socio de Número.



15. Lección de Ingreso de Valentín Díaz Marijuán





M.ªxif. Salvador Comuna, foralga

araba  álava
foru aldundia diputación foral



EUSKO JAURLARITZA
GOBIERNO VASCO